

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Democratización y sistema dominación en América Latina.. Crisis y tendencias políticas.

Darío Salinas Figueredo.

Cita:

Darío Salinas Figueredo (2009). *Democratización y sistema dominación en América Latina.. Crisis y tendencias políticas. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1006>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Democratización y sistema dominación en América Latina. Crisis y tendencias políticas

Darío Salinas Figueredo

Profesor-investigador

Programa de Posgrado en Ciencias Sociales,

Universidad Iberoamericana

Miembro del Sistema Nación de Investigadores,

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACYT, México

dario.salinas@uia.mx

Porque inmediatamente después del fatídico ciclo de regímenes dictatoriales se han recompuesto, bajo modalidades muy diversas, las reglas del juego político para el ejercicio de la democracia, en cuyo itinerario se inscribieron sendos procesos electorales que fueron dejando un saldo muy variado de resultados.

Pero más allá de esto, también siguen vigentes o abiertas muchas preguntas, de naturaleza social, económica, política y cultural, todas ellas relevantes en la medida que involucran resultados políticos que apuntan al reconocimiento de la continuidad de un modelo de sociedad, aunque produciendo a la vez señales de agotamiento. Y estas preguntas van colindando con ciertas formas de análisis que, sin desprenderse del paradigma democrático liberal, buscan teorizar las recientes

experiencias sin mayores horizontes explicativos. Por eso es importante afinar el sentido de las preocupaciones para saber en qué estamos pensando cuando se habla de “consolidación de la democracia”, la “calidad de la democracia”, “rendimiento legislativo”, “eficacia gubernamental”, “rediseño institucional”, “gobernabilidad democrática”, etcétera. En gran medida la movilización de estas categorías de referencias sobre la democracia termina muchas veces en reducir el ámbito de los conflictos y el debate a la problemática de los medios o procedimientos de la política, con el oscurecimiento consecuente de los fines y los objetivos estratégicos en pugna.

Parece poco plausible cualquier respuesta a estas cuestiones si no se va construyendo un ángulo comprensivo tal que dirija el foco de atención mucho más allá del supuesto de que la democracia es el campo de “incertidumbre”, como si los intereses contrapuestos dispusieran de las mismas “oportunidades” y, consecuentemente, en teoría, la movilización de sus propuestas y sus luchas fueran a darse en “igualdad” de condiciones. Una cosa es la democracia como régimen y otra es la democratización como proceso de cambio social que involucra la cualidad del régimen y el sistema de dominación. Interesa primordialmente colocar el acento en la segunda vertiente de preocupación. Si la mirada crítica supiera eludir estas cortadas de cara a las certezas de un modelo de sociedad, vigente y hegemónico, los desafíos de la democratización nos colocarían delante de un conjunto de elementos vinculados inomitiblemente a los soportes internos y externos de la dominación.

MUTACIONES INTERNAS DEL CAPITALISMO

Llegado a este punto conviene introducir otro ángulo de reflexión. Aunque la heterogeneidad social y productiva puede ser cada vez mayor, América Latina y el Caribe como noción sigue teniendo un significado histórico, político y cultural. La afirmación no es secundaria frente al hostigamiento que la lectura conservadora de la globalización produce a veces frente la noción de Estado-Nación, o espacios nacionales en cuya extensión han habido expresiones que incluso han puesto en tela de juicio el concepto de América Latina.

No es fácil omitir el hecho de que estamos viviendo un período muy agresivo de la globalización capitalista y que la región en ese contexto y a la luz de la articulación de los intereses hegemónicos se dinamiza como un gran segmento de la periferia que “ofrece” en aras de un realismo político al movimiento del capital sus “ventajas competitivas”. Pero por sobre la retórica y de las envolturas ideológicas, puede advertirse un conjunto de dinámicas emergentes que, a su vez, son

parte de una matriz de cambio y que a nuestro entender no ha tocado fondo y que tiende a mantener vigente la caracterización de la nueva etapa del devenir histórico de la región y que a su turno sigue acumulando problemas y desafíos comunes.

Con los resultados de la experiencia de las últimas dos décadas, inscritas en la dinámica mundial que se desata entre 1988 y 1990, recién hoy parece percibirse mejor que nunca aquella conocida percepción de Marx, según la cual el mundo entero sería un gran sistema de mercados interconectado. Una especie de “aldea global” donde los capitales, el trabajo y, en general, todas las mercancías, legales e ilegales, gozarían del espacio necesario y de las garantías suficientes, explícitas o implícitas, para circular con unas condiciones de libertad nunca antes vista.¹

El ingreso a esta fase tuvo implicancias estructurales en diferentes direcciones. Por un lado, el proceso difícil de desmontaje de la estructura previamente existente y que en la experiencia de América Latina significó una fuerte arremetida intra sistémica en contra del llamado “Estado benefactor”. Y por otro, el desarrollo de los mercados en favor de las nuevas formas de acumulación cuya dinámica, junto con imponer una ampliación nunca antes vista de la esfera mercantil en detrimento de las garantías públicas, supuso la implementación de profundas reestructuraciones en el ámbito de las relaciones sociales.²

La apertura regional hacia los mercados internacionales de estas economías periféricas, subdesarrolladas y dependientes, en parte moderna y en parte tradicional, a la luz de su configuración histórica, ha planteado onerosas exigencias endógenas de competitividad que, en casi todas partes, se han visto enfrentadas a los requerimientos de un aumento de la tasa de explotación, precarización del trabajo, informalización del empleo y a muy diversas formas de exclusión y expropiación de los derechos sociales conquistados.

Esto significa que, junto con la globalización de los mercados, el nuevo modelo que logró imponerse trajo aparejado tempranamente la exigencia imperativa de flexibilizar la estructura contractual e institucional de relaciones laborales, con el consiguiente debilitamiento de la capacidad de negociación y de representación de la ancha franja social donde se reconoce a quienes viven del trabajo. La dinámica mercadocéntrica se ha caracterizado por presentar difíciles conciliaciones con organizaciones políticas sustentadas en fórmulas que han implicado algún esquema de participación ciudadana. En este sentido es útil replantearse nuevamente lo que en Lechner aparece bajo la descripción de cómo estas sociedades, bajo el protagonismo del mercado, fueron desplazadas desde el

¹ Para un análisis de la globalización en los ámbitos del comercio internacional, las corporaciones internacionales, las corrientes financieras y la liberalización del mercado regulatorio, es útil referenciar en el libro de Aldo Ferrer, *Hechos y ficciones de la globalización. Argentina y el MERCOSUR en el sistema internacional*, Fondo de Cultura Económica, Quinta reimpresión, México, 2006

² Víctor Ramiro Fernández, María Cecilia Güemes y José Ignacio Vigil. “Estado y Desarrollo en los discursos del Banco Mundial” en revista *Problemas del Desarrollo*, Edición Cono Sur, México, 2005-2006.

mundo del trabajo para domiciliar a sus ciudadanos en el mundo del consumo. La mercantilización social que de todo ello resulta no tiene precedentes en la historia del capitalismo.

La preservación y reproducción de la estructura económica sobre la cual descansa este modelo no ha podido preservar ni siquiera las condiciones mínimas de gobernabilidad democrática. Y es que lo que por regla general concentra y polariza difícilmente puede generar consensos sociales y políticos estables. Esto, que se ha dado en llamar también “proceso de modernización”, ha sido en realidad el proceso de constitución de un nuevo modelo de capitalismo, radicalmente distinto del anterior. El sometimiento a brutales exigencias de competitividad en los mercados ha sido su tónica y que en la experiencia de América Latina ha producido una dinámica de ahondamiento incomparable de las históricas desigualdades de clases, de regiones, culturales y étnicas.

Las políticas que se impulsaron para apuntalar el enraizamiento de este modelo con las llamadas reformas de “primera generación” que, como en el caso de Chile se aplicaron “sin anestésicos” bajo dictadura militar, se orientaron al desmontaje de las empresas estatales, la privatización y la apertura al exterior para vincular la organización de las economías al ciclo exportador, eliminando o jibarizando el funcionamiento de los controles reguladores sobre el mercado. Las siguientes reformas, las de “segunda generación”, impulsadas en contextos de democracias electorales buscaron introducir mecanismos y variantes de financiamientos en la capacidad institucional del Estado, con campos de afectación en la salud, la educación y la seguridad social. Más allá de las formulaciones y decisiones queda claro, en todo caso, que todas las reformas subsecuentes a las primeras, se hicieron manteniendo incólumes los fundamentos sistémicos de privatización, apertura y desregulación financiera.

VOTAR, ELEGIR Y DECIDIR

Los procesos políticos de las dos últimas décadas han estado marcados por el predominio indiscutible de los grandes intereses articulados alrededor del capital financiero en el desenvolvimiento de la economía mundial. La circulación de los capitales sin controles ni restricciones constituye el motor del modelo vigente. La globalización de los mercados ha venido ocurriendo en correspondencia con los procesos de desregulación del sistema financiero internacional sobre una base principalmente especulativa.

Dentro de esa dinámica los movimientos de capitales se han autonomizado prácticamente de las variables reales de la economía. Estos movimientos, que operan en los hechos fuera de la definición política y el control institucional por parte de las autoridades monetarias nacionales, formatean los ya de por sí estrechos márgenes de autonomía de las políticas de los países coadyuvando con ello a que se incremente el riesgo sistémico de crisis.

Es este férreo marco, convertido en sistema, al que las autoridades nacionales suelen referirse cuando expresan su incomodidad o preocupación sobre el “entorno difícil”, como si se tratara de una variable virtualmente fuera de control más allá de los espacios nacionales. No obstante la dosis de eufemismo, esta expresión política no es tan descabellada. Las sociedades de la periferia, como las nuestras, en efecto, no disponen, no pueden disponer cabalmente de su capacidad estatal para ejercer el principio de la autodeterminación, ni siquiera para decidir sobre sus recursos fundamentales como tampoco sobre el modo en que se definen los contenidos u orientaciones principales de sus políticas.

Más allá del espejismo que ha secreta la dominación neoliberal, especialmente en el campo de la democracia electoral, los criterios que fundamentan las decisiones políticas son pre-definidos lejos del movimiento real de las necesidades del desarrollo de nuestros países. Sigue siendo muy ilustrativo a este respecto lo que en pleno apogeo de la hegemonía aperturista y desregulacionista señalara el profesor Ferrer, en el sentido de que “el sistema es gobernado por las expectativas y decisiones de los operadores privados y no por el poder político. Periódicamente, en los sistemas democráticos los electores eligen a sus gobernantes, pero los mercados votan todos los días. Estos son, en definitiva, los que deciden”.³ Afirmación que de paso alcanza a mostrar la inutilidad de un régimen cuando reduce la democratización al simple procedimiento ritual de depositar un voto cada cierto tiempo, en cuyo mecanismo las decisiones fundamentales que conciernen al proyecto de un país se van alejando cada vez más del ciudadano, convirtiendo el otorgamiento soberano del mandato político en un sistema de representación socialmente desencadenada y sin movimiento de retorno.

UN PROCESO TRANSVERSAL Y EL SISTEMA DE DOMINACIÓN

Más allá de las señales de crisis y de cuestionamientos al unilateralismo de la política norteamericana, hasta qué punto puede resultar lícito trabajar la idea de que América Latina todavía se encuentra bajo la imposición de programas neoliberales? El orden que resulta de estas coordenadas exhibe resquebrajaduras cuyas expresiones son principalmente en la dinámica regional. Puede advertirse en este sentido el despliegue de un proceso transversal que, aunque de potencialidades y articulaciones heterogéneas, cruza a toda la región latino-caribeña. Entre sus variados ingredientes se encuentra el referente emancipador. Venezuela, Bolivia y Ecuador son, a no dudarlo, los procesos gubernamentales y políticos más avanzados. Son gobiernos que tienen en la movilización de masas, amplia, diversa y multiforme, su referente identitario fundamental. El *caracazo* de 1989, que fue el

³ Ferrer, Aldo (1996), “Desarrollo y subdesarrollo en un mundo global: los problemas de la América Latina”, en *El Trimestre Económico*, Número 252, FCE, México, p. 1368.

resultado de la respuesta social forjada contra un paquete fondomonetarista, la llamada guerra del agua y el gas en Bolivia, con un sentido social y político anti-privatizador, y el derrocamiento por fuerzas populares movilizadas de gobiernos neoliberales en Ecuador, especialmente el abril de 2005, son los antecedentes más encumbrado en el desarrollo de este proceso.

Es en la trayectoria de este arco temporal, que incluye importantes revueltas populares de signos ideológicos diversos y composiciones sociales muy heterogéneas, las cuales llegaron en muchos casos hasta el derrocamiento de gobiernos de corte o inspiración neoliberal como en Perú, Bolivia, Paraguay, Ecuador, Argentina y Haití, el espacio analítico central donde se constituye el actual mapa político de la región. Sin que sean idénticas estas experiencias de lucha social, el elemento común en ellas está dado por el contenido popular que en cada caso se articuló para bloquear o desmontar la aplicación de programas neoliberales. Desde una mirada ortodoxa y esquemática es poco lo que se puede entender de lo que se ha venido cultivando en estas experiencias, incluso el hecho de forjar sendos referendos para la aprobación de lo que en cada caso significó contar con una nueva carta constitucional en medio de fuertes resistencias oligárquicas. Más allá de discutir sus funciones, el replanteamiento del Estado ha ocurrido en un sentido refundacional. Estado y democracia construyeron en estas experiencias un importante canal de participación social en los asuntos del poder a través de asambleas constituyentes afectando pilares fundamentales de la dominación.

Es en la densidad de estas experiencias de lucha, de resistencia, oposición y estructuración de alternativas, en la historia reciente, el lugar analítico de donde surgen las referencias para entender el significado de los gobiernos electoralmente triunfantes, desde Brasil en 2002 hasta El Salvador en 2009, que en su conjunto van dibujando un nuevo mapa político en la región. No es sino dentro de esta nueva realidad política donde tiene cabida la explicación de porqué no ha podido avanzar más las políticas de “libre mercado” y sus tratados comerciales. Cabe destacar que, dentro del conjunto de países latinoamericanos, los que reportan un mayor porcentaje de comercio con Estados Unidos no son precisamente aquellos que tienen firmados tratados bilaterales de libre comercio (TLC). Estos son los casos de Brasil y Venezuela. No deja de llamar la atención que sean los gobiernos de estos países los que están entre los que se caracterizan por mantener una distancia crítica, en grados distintos, con respecto a la política comercial que mantiene la marca registrada por Washington.

Frente a los valores de “libre mercado” y “competitividad” han surgido referentes distintos como el principio del “comercio justo” o el del “intercambio solidario”. Allí están los que han coincidido en el impulso de propuestas diferentes de integración en el continente, tales como la Alternativa Bolivariana para Nuestra América (ALBA) y la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), el Proyecto del Banco del Sur o el Consejo Sudamericano de Defensa que, junto con

otros proyectos como Petrocaribe, son respuestas políticas importantes frente a la hegemonía estadounidense. Sin embargo, por arduos que hayan sido los esfuerzo multiformes de trazar esta ruta, al margen del liderazgo norteamericano y en contra de su hegemonía, su notable significado político y potencial democratizador empalidecen cuando se focalizan los desafíos internos y externos que deberán afrontarse. En Paraguay, El Salvador, Nicaragua, Bolivia, y en prácticamente todos los gobiernos de la UNASUR, resultaba crucial ganar las elecciones y llegar al gobierno, y proyectar un “buen gobierno” para poner fin a la pesadilla neoliberal. Ese buen gobierno, ya lo estamos viendo, conforme avanza en la implementación de su programa se va enfrentando de manera inevitable con el sistema de dominación. He aquí un núcleo fundamental de discusión en la perspectiva de honrar el mandato popular.

El reconocer en este juego de tendencias y contratendencias la parte benéfica que se viene configurando en el escenario político regional de América Latina, en favor de la democracia y la soberanía, no es para sacar cuentas alegres. La heterogénea oposición al neoliberalismo como modelo de desarrollo no implica en todos los casos un cuestionamiento al neoliberalismo como sistema de dominación con sus soportes internos y externos.

Tampoco, de otro lado, parece conveniente alimentar expectativas desmedidas con relación al gobierno demócrata de reciente instalación en el sistema político norteamericano. Hay que hacer un esfuerzo analítico más consistente para distinguir lo que el gobierno de B. Obama quisiera realizar y lo que efectivamente podría emprender. Hay un cambio en la diplomacia norteamericana, lo cual no es muy complicado de apreciar después de la administración republicana, pero intacta se encuentra su estructura de poder y su política hacia América Latina empezando por la permanencia del bloque contra Cuba. Conviene desde todo punto de vista tener en un lugar prioritario de la discusión el hecho de que en la actual correlación de fuerzas, la política de Washington, más allá de su cuota de desprestigio internacional y su crisis económica y financiera, conserva la supremacía militar, los instrumentos de coacción económica y financiera internacionales, y una gran capacidad de incidir en las conciencias a través del poderío mediático de que dispone.